

EN EL CENTENARIO DE FALLON (1834-1934)

Aseméjase la vida de los hombres al variado curso de los ríos. Hay ríos que hacen sentir el paso de sus aguas por el estrépito de su corriente que con mayor o menor violencia se estrella contra las rocas de sus orillas, en tanto que otros cruzan pandos y silenciosos los valles fertilizando calladamente los campos ribereños. Comparable a estos últimos fue la vida de don Diego Fallon, apacible y benéfica. Diversas facetas pueden distinguirse en este hombre multiforme: el poeta, el músico, el profesor, el conversacionista, el hombre de hogar, el cristiano sincero; pero en este modesto artículo no pretenderemos analizar cada una de estas facetas sino que las refundiremos todas en un breve recuento de su interesante vida, porque en él sus obras geniales hacen cuerpo con su vida y su vida se confunde con sus obras.

Nació don Diego Fallon en la población de Santa Ana (1), departamento del Tolima, como quien dice en una urna de oro, porque es bien sabido que esa región es rica en minas del precioso metal. La fecha de ese feliz nacimiento fue el 10 de marzo de 1834. Fueron sus padres el caballero irlandés don Tomás Fallon y la inteligente mujer doña Marcela Carrión y Armero, nativa de nuestro suelo. Por parte de su madre entroncaba con próceres de nuestra independencia: don José León Armero, Presidente que fue de la provincia libre de Mariquita y fusilado por los realistas en 1816, y la bella joven Carlota Armero que, habiendo rehusado el matrimonio con un oficial español, corrió igual suerte.

(1) Una ley de la República ha cambiado el nombre de este municipio por el de Fallon, volviendo así, de impensada manera, a vincular este nombre a un territorio, pues en antiguos mapas de Irlanda hay una comarca que lleva el rótulo de O'Fallon.

Don Tomás Fallon tenía, a su vez, antecedentes dignos de recordarse. Era hijo de los irlandeses Patrick Fallon y Mary O'Neill, desterrados de su isla y establecidos en la Gran Bretaña, pues a fines del siglo XVIII los católicos sufrieron graves persecuciones en Irlanda. Un personaje célebre entró en relaciones con la familia O'Neill. Chateaubriand, arrojado de Francia por la revolución, huyó a Inglaterra y allí experimentó dura necesidad, como nos relata él mismo en sus «Memorias de Ultratumba». Entonces la familia O'Neill le ofreció pan y techo, y así nació una bella amistad. Pasó la borrasca, corrió el tiempo, y el Vizconde de Chateaubriand volvió a Francia y llegó a ser miembro del Parlamento. Una hija de la familia O'Neill, muy niña cuando la permanencia de Chateaubriand, Mary, se casó con Patrick Fallon, y de ese enlace provino don Tomás Fallon, padre de nuestro personaje. Pues bien, ese Tomás Fallon fue pedido a sus padres por el agraciado Vizconde de Chateaubriand para educarlo en el Colegio Real de Amiens.

Tales fueron los antepasados de don Diego Fallon. El teatro de su niñez fue la región de Santa Ana y Mariquita, en medio de una naturaleza exuberante en que no se sabe qué admirar más, si el reino mineral con sus metales preciosos o el vegetal con sus hermosos árboles o el animal con la variedad de sus ejemplares. Creció como los hijos de nuestro pueblo, al aire libre y descalzo. En las aguas del río Gualí aprendió desde temprano el arte de la natación.

Don Tomás Fallon había venido de Inglaterra a las minas de Santa Ana, en reemplazo del célebre ingeniero don Roberto Stephenson, hijo de don Jorge, inventor de la locomotora. En efecto, éste había llamado a su hijo Roberto para que fuera a ayudarlo en Inglaterra a dar la última mano a su importante invención. Tres años había permanecido don Roberto ocupado en

el laboreo de las minas. Al partir, hizo recomendación de su amigo Fallon a la familia Carrión.

De las minas de Santa Ana pasó don Tomás Fallon a la ciudad de Zipaquirá para dirigir la administración de la salina de dicho lugar. Allí hizo Diego sus primeras letras bajo la dirección de don Miguel Lizarralde, abuelo materno de la que, andando el tiempo, había de ser su esposa. Concurrió también a la escuela del *maestro Julián*, singular pedagogo, cuya pintura nos ha transmitido con su rara habilidad para describir costumbres y caracteres el genial escritor José David Guarín, que fue su discípulo. El maestro Julián, «este fósil viviente, dice Guarín, tiene en una especie de agujero su taller y establecimiento de cuanto usted quiera. Escuela de ambos sexos, sastrería, barbería, zapatería y despacho de correspondencia epistolar, todo se encuentra allí....» Ved ahí un maestro y una escuela de aquel tiempo.

Entró después Fallon al Colegio-seminario de la Compañía de Jesús, y en los tres años que permaneció en él fue vencedor en los temas de lengua latina y castellana entre compañeros como Carlos Holguín, Aníbal Galindo, Sergio Camargo, Mario Valenzuela, Liborio Zerda. El Colegio de Jesuitas se interrumpió con la expulsión de la Compañía en 1850, bajo la administración del General López. Esto puso a don Tomás en la necesidad de enviar a su hijo a continuar su educación en Inglaterra. Partió el 14 de marzo de aquel año. Tuvo la fortuna de ser alumno del famoso Colegio de Stonyhurst, cuya descripción nos ha dejado de mano maestra otro alumno colombiano, don Arturo D. Malo O'Leary, quien nos muestra que el Colegio, sobre todo aquél, es un nuevo hogar en donde educando se formula la ley que ha de guiarlo en el curso de la existencia.

No alcanzó a permanecer tres años Fallon en Stonyhurst. Pero la influencia de ese Instituto fue decisiva

en su ser moral para toda su vida. En mayo de 1853 le hallamos instalado en Londres bajo la égida de Roberto Stephenson, que a la sazón gozaba de brillante posición en Inglaterra. En ese mismo año se le reunieron sus dos hermanas, que iban también a educarse en ese país. A poño Diego, dejando a sus hermanas en casa de su tío James en Cheltenham, partió para la ciudad de New Castle para formarse en la ingeniería práctica en la célebre factoría que ahí tenían establecida los Stephenson. Tanto su padre como su tío James, a cuyo cuidado había estado desde su llegada a Inglaterra, como don Roberto querían hacer de nuestro héroe un ingeniero, aun contrariando la desafortunada inclinación que tenía Diego para la música.

Como muestra del genio músico de Fallon baste decir que antes de partir para Europa ejecutaba más de cien piezas en guitarra; que en Londres componía trozos y que, según carta de su hermana Cornelia a sus padres, las bandas de esa metrópoli tocaban *schottisch* compuestos por él. Don Roberto Stephenson, para concederle autorización de estudiar en New Castle unas pocas horas de piano sin que desatendiera sus estudios de ingeniería, le exigió una prueba, de que salió airoso. Le pidió que compusiera algunos trozos de música, y los envió para ser examinados en el Conservatorio de Milán, y allí conceptuaron, sin saber quién fuese el autor, que éste debía ser un principiante, pero, eso sí, un genio.

Dio Fallon pruebas de una recia voluntad someténdose a estudiar las *hórridas fórmulas* del Algebra (como él mismo escribía), y a oír durante largas horas los ásperos ruidos de la factoría de New Castle, que él solía amenizar silbando selecciones musicales, que dejaban estupefactos a los serios ingleses compañeros de labor.

La ciudad de New Castle sobre el Tyne era el centro de los distritos mineros y carboníferos más ricos

de Inglaterra. La comarca aledaña en más de cincuenta millas a la redonda presentaba la huella de los trabajos subterráneos y durante la noche la tierra en muchos parajes parecía inflamarse con el resplandor de las hornazas y fundiciones. Escuela en verdad poco propicia para alimentar la imaginación de un poeta y de un músico.

Las hermanas de Diego, después de haber estado al lado de su tío James en Inglaterra, fueron enviadas a París con el fin de perfeccionar su educación, el año de 1856. Allí permanecieron hasta que ocurrió la muerte de la mayor de ellas en febrero de 1858. Esto obligó a Diego y a su tío a ir a París y trasladar a la hermana sobreviviente, Cornelia, a casa de su tío en Cheltenham. Diego regresó a New Castle. Allí fue a reunirse unos meses después su hermana; pero a poco la mala salud de ésta y aun la de Diego mismo determinaron que el médico prescribiese la partida inmediata de los dos hermanos para su patria. Diego acababa de obtener su diploma de ingeniero y mecánico práctico y proyectaba trasladarse a Barcelona para tomar parte en la construcción de un ferrocarril.

Embarcáronse para Colombia en el mes de octubre de 1858, mas en la travesía tuvo Fallon la inmensa pena de ver morir a su hermana Cornelia, a la que hubo de dejar sepultada en el cementerio de Santhomas. Prosiguió solo su viaje y, como sus padres se hallasen a la sazón en Muzo, pues su padre estaba encargado de los trabajos de las minas de esmeraldas, allá se dirigió. Ya se puede imaginar lo que sería esta llegada después de tan larga ausencia y de tan penosos acontecimientos.

En los primeros tiempos de su regreso acompañó a los suyos, que residían alternativamente en Muzo y en Bogotá. En 1863 estuvo encargado del manejo de las máquinas de la Casa de Moneda, según contrato que celebró con el Gobierno.

Florece por entonces *El Mosaico*, centro literario fundado en 1856. Eran *los mosaicos*, reuniones más o menos intermitentes que se celebraban en casa de algunos literatos; allí se trataba de artes, de letras, de crónica, se bromeaba, se reía, se tocaba piano, se leían composiciones, se tomaba té, café o chocolate... Fallon tuvo franca entrada a los mosaicos, «donde, decía José María Samper, nos hacía desternillar de risa con sus admirables imitaciones mímicas». Allí se reveló gran poeta y fino literato; allí le hicieron su colaborador los Vergaras y Marroquines, los Samperes y Carrasquillas. Datan de entonces sus mejores poesías.

Nuevos pesares vinieron sobre nuestro personaje: en diciembre de 1863 tuvo la desgracia de perder a su buen padre y seis meses después a su amante madre. Quedaba así enteramente solo en su patria. Si no alzó el vuelo hacia las playas de Inglaterra, en donde tenía amigos y parientes de influencia, se debió al amor que profesaba a Colombia.

En 1866 contrajo matrimonio en la simpática población de Nemocón, que era entonces un lugar educacionista, con doña Amalia Luque y Lizarralde, dechado de esposa y de matrona cristiana. Al año siguiente le encontramos definitivamente instalado en Bogotá. Sobre la puerta de una casa situada en la antigua calle de San Felipe (hoy carrera 6.ª, entre calles 10 y 11) los transeúntes podían leer una tabla que decía: «Diego Fallon, profesor de música e idiomas». Comenzó así su carrera del profesorado que no había de interrumpir sino con la muerte.

No favorecido de bienes de fortuna, de su educación en Inglaterra trajo una notable preparación para la ingeniería, el dominio pleno de la lengua inglesa con la más castiza de las pronunciaciões y altos conocimientos de música. Apenas si pudo ejercer la ingeniería, pues se necesitaron todavía tres cuartos de siglo

para que la profesión de ingeniero comenzase a ser solicitada en nuestra patria. Bien notamos hoy que dicha profesión ha vuelto a caer en desuso. Entregóse, pues, a la enseñanza del inglés y de la música. En vida tan atareada no le fue posible dedicarse al cultivo formal del arte y de las musas: en él el compositor y el poeta tenían que aprovechar los ocios del profesor.

Las producciones poéticas de Fallon se pueden contar con los dedos, como dijo Caro; pero en general ellas llevan el sello de la perfección. Las más celebradas son: *La Luna*, *La Palma* y *Las Rocas de Suesca*. *La Luna*, que todo niño colombiano debiera saber de memoria, parece condensar toda la potencialidad poética de nuestra lengua; «nadie como Fallon, escribió don Miguel Cané, diplomático argentino, me ha hecho leer con mayor claridad dentro de mí mismo»; jamás las azules noches lunares de nuestra patria fueron llevadas al arte con mayor unción y transparencia; se ha dicho que si Hernán Cortés con un puñado de soldados conquistó a Méjico, Fallon con una escuadrilla de estrofas conquistó la luna. *La Palma* es una composición de estructura clásica que recuerda la escuela de don Andrés Bello en poesía: está escrita en sextinas dignas de Núñez de Arces, su más feliz vulgarizador. *Las Rocas de Suesca* es la composición más característica de Fallon, la que mejor representa sus múltiples aptitudes; allí hay ciencia, arte, jovialidad, profundidad, música, onomatopeya, particularmente en el gracioso episodio del rayo.

Brilló en Fallon una de las vocaciones musicales más auténticas. Artista de asombrosas aptitudes, compositor original e inspirado, fue ante todo el gran pedagogo de la música. La urgencia de suministrar a sus numerosos discípulos con prontitud y a poca costa abundantes trozos de música, que tan difíciles de conseguir eran entonces en Bogotá, le llevó a inventar un sistema de notación musical que aguarda aún el ser

bien conocido para ser justamente apreciado. Baste decir que por este sistema las dificultades de lectura del sistema tradicional de música, que dan tanto que hacer a los principiantes y aun a los que no lo son, ya que es tan difícil leer música *a primera vista*, quedan reducidas a su última expresión.

Lo capital del sistema consiste en aplicar los tres elementos fonéticos del alfabeto: consonantes, vocales y «h» muda, a los tres esenciales elementos de la música: sonidos, duración y silencio. De modo que, en términos musicales, la consonante es la nota; la vocal, la duración (figura), y la letra «h», la pausa. Dos o más consonantes combinadas con una vocal o diptongo expresan un acorde con su duración; la muda «h» con una vocal o diptongo, un silencio o pausa, también con su duración. Las doce notas de que consta la escala cromática, únicas realmente utilizadas en instrumentos de teclado, están representadas por doce nombres propios, simples e invariables, doce consonantes, a saber: B, D, F, G, Y, L. Ch, N, P, R, S, T.

Pues bien, si se tiene en cuenta que en el sistema del pentagrama las claves son dos, que las notas de cada octava tienen 63 formas distintas y que cada clave abarca 5 octavas, resulta que las notas en el sistema vulgar de música revisten el siguiente número de formas: 2 multiplicado por 63 y por 5, lo que da un producto de 630 formas distintas. Todas ellas quedan reducidas en el sistema de Fallon solamente a doce! Si el inventor hubiera tenido por teatro, no un grupo de aficionados de una modesta y apartada ciudad como era Bogotá entonces, sino un conservatorio europeo, de Alemania pongo el caso, habría revolucionado, simplificándola, la notación musical, como la revolucionó y simplificó Guido de Arezzo allá en el año de 1000.

Pero la labor más intensa durante su meritoria vida, la que le hace más acreedor al cariño y estimación de

sus conciudadanos es la del magisterio de la niñez y la juventud. Sus discípulos se contaron a millares: varias generaciones le vieron atravesar las calles de la capital, con la cabeza inclinada y apresurado el paso, para ir a dictar sus lecciones en diferentes colegios y casas particulares. Prodigó su enseñanza en el Colegio de San Bartolomé, en el Seminario Conciliar, en Colegios de señoritas como el de la señora Belén Carrasquilla de Ortega, el de la señora Josefina Ospina de O'Leary, etc., en el Colegio Militar, en la Academia de Música, en la Escuela de Bellas Artes y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Cualquiera que fuese la materia que enseñara dejaba en sus educandos semillas de virtud y de bien regadas con inteligencia y cariño. Gustaba de igualarse con los niños y les prodigaba exquisitos miramientos, como se echa de ver por la siguiente contestación que dio a una invitación que uno de sus pequeños discípulos le hizo una vez para unas fiestas de Navidad:

«Tu billete, ese canto de sirena
engalanado en rítmicos acentos,
ha despertado en mí dos sentimientos,
uno de gratitud, otro de pena.

«De gratitud, porque a saber me obliga
que no muere mi nombre en tu memoria
ni la dulce amistad es ilusoria
que nuestros tiempos corazones liga.

«De pena, porque siendo tu deseo
puro como la flor de primavera,
de llenarlo he buscado la manera,
mas la manera en mi redor no veo.

«Porque ¡ay de mí! cuando la turba ufana
de Pascuas! lance en tu salón el grito,
entre ti mediará y el infrascrito
una vasta extensión de la sabana!

«Y hacia el fin de tu fiesta es tu destino
oír, medio dormido, tu concierto,
mientras yo escucho allá, medio despierto,
cantar el gallo en el corral vecino».

Así cantando, enseñando, laborando, padeciendo, haciendo el bién, amando a Dios y a los hombres, pasó este hombre a la vez sencillo y extraordinario, como esos luminosos viajeros del espacio, los cometas, hasta el día, luctuoso para la patria, en que al Sumo Hacedor le plugo llamarlo hacia Sí. Esto ocurrió el día 13 de agosto de 1905.

La infausta noticia se propagó rápidamente y en todos despertó idéntico sentimiento de pesar. Sus exequias se celebraron en la iglesia de San Francisco. «A su entierro concurrió, dijo un cronista de aquellos días, junto con lo que tiene de aristocracia y talento la capital, una turba inconsolable, la turba de los suburbios a donde Fallon iba a llevar pan y abrigo». (De *Croquis y Esbozos*, número 7).

En la noche del 14 de agosto, día del entierro de Fallon, la sociedad bogotana y aun colombiana se sintió sorprendida por un acontecimiento imprevisto, no obstante estar calculado en el almanaque: esa noche hubo un eclipse de luna. Todos entendieron que la reina de la noche, sublimemente cantada por Fallon, vestía luto.

Al día siguiente un poeta (1), niño entonces, renuevo intelectual de Fallon, pues era discípulo de un hijo suyo, compuso para la corona fúnebre, la primera poesía que dio al público, tejiendo en ella los títulos de las principales composiciones de Fallon. Es el siguiente *Paisaje*:

«Te hundiste en esa negra lejanía
que forma la insondable sepultura.
Tu mente colosal ya no fulgura,
estás allí, bajo la loza fría;

(1) Angel María Céspedes.

Pero queda de tu alta fantasía
un paisaje inmortal: en la llanura
tiembla *La Palma*; *La Montaña* oscura
alza la frente a la región vacía;

Besando musgos y *Silvestres flores*
cruza *La Fuente*; tras la erguida loma
El Crepúsculo apaga sus fulgores.

Y allá... regando luminoso aroma,
por entre *Rocas* ásperas y alcores
la blanca *Luna* su perfil asoma».

La Lunal sí, la Lunal Ella se ha encargado de inmortalizar a Fallon. Mientras dure nuestro sistema planetario existirá la Luna, y mientras exista la Luna durará la memoria de su inmortal cantor!

FRANCISCO M. RENJIFO